

Cuando Joseph Conrad describió al Congo como “el corazón de las tinieblas”, hacía al mismo tiempo instantánea y profecía: sus personajes se mueven al finalizar el siglo XIX en el escenario del llamado –con todo sarcasmo– Estado Libre del Congo, un triste eufemismo para enmascarar el colonialismo más brutal ejercido contra África, el del rey Leopoldo II de Bélgica, quien reservó esa enorme porción del centro del continente para explotarla en beneficio personal, sin contemplaciones con la naturaleza, el dolor o la vida. “El horror, el horror”, resume Kurtz, el traficante de marfil, al fallecer víctima de la fiebre de la jungla.

Esas palabras son también las que Francis Ford Coppola puso en labios de Marlon Brando en *Apocalipsis Ahora*, su filme de 1979, inspirado en la obra de Conrad. Y siguen siendo, bien entrado el siglo XXI, las que sacuden el espíritu de quienes se aventuran en el país más grande del África Subsahariana, con un territorio 350 mil kilómetros cuadrados mayor que el de México.

Horror y dolor. Violencia y demencia. Bellezas y riquezas de la tierra que los congolese han tenido la mala suerte de habitar. Las que otros, los más fuertes, quieren y están dispuestos ya no sólo a arrebatarles, sino a someterlos para ahorrarse esfuerzos. Los pobladores sufren un despojo sin fin, y además son esclavizados para ejecutarlo. Lo sufren más los niños y las mujeres. Y gracias a ello, los comercios de las naciones

ricas del mundo se llenan de diamantes y de joyería de oro, y miles de millones utilizamos teléfonos celulares.

Aunque el trabajo de Marcus Bleasdale es muy bien conocido y apreciado, la primera ocasión en que lo sentí cerca de mí fue en enero de 2010, en la ciudad de Goma, en el este del Congo. Les pregunté a dos médicos africanos cómo ir a una población al sur, Bukavu, a conocer a un auténtico héroe de la humanidad, el doctor Denis Mukwege, el cirujano del Hospital Panzi que atiende algunos de los casos de violación más terribles imaginables, cometidos sistemáticamente en las guerras de la región. Mi objetivo, expliqué, era resaltar el impacto de la violencia en las mujeres. “Quiere hacer lo que Bleasdale”, comentaron ellos como si yo no estuviera presente. No entendían por qué un periodista querría ir por donde otro ya pasó.

En realidad, la tragedia de la República Democrática del Congo está insuficientemente documentada: para empezar, porque el mundo no quiere saber de qué manera tan directa e inapelable están relacionados su bienestar y el sufrimiento de los congolese; y también, porque hay como dos millones de asuntos más fáciles de cubrir, más atractivos para el público y más propicios para vender reportajes. Viajar al Congo, transportarse y vivir en un sitio con infraestructuras inservibles desde hace 60 años, arriesgarse a morir por efecto de las manos de los hombres o de las picaduras de los insectos, y salir después a encontrar que la mayoría de los editores sólo quieren comprar

temas simples, inocuos y banales, es una experiencia que muchos preferirían evitarse.

Marcus no. Visitó por primera vez el país en 1998, cuando ya había empezado la serie de guerras civiles en la que murieron al menos cinco millones de personas, más que en cualquier otro conflicto desde la Segunda Guerra Mundial. El horror. El horror que hubiera doblegado a otros, que los hubiera convencido de que el costo emocional, además de las penurias físicas, es demasiado grande. Que hay que escapar de él y olvidar a quienes no pueden hacerlo.

Regresar a seguir documentando el horror fue un compromiso personal de Marcus, pues, como escribió, la “tragedia humana continuada del Congo son 1450 tragedias al día. Incontables (tragedias) más si se incluye a los huérfanos, a los que están de luto, a las viudas, a las olas de vidas truncadas que se desprenden de una sola muerte”.

Haciendo eco de Conrad y de García Márquez, el primero de los libros de Marcus, del 2002, se llamó *Cien años de tinieblas*. El segundo, que fue premiado, fue *La violación de una nación*, del 2009. Su trabajo con la organización de derechos humanos Human Rights Watch produjo el informe *La maldición del oro*, en el 2005.

Éstas y otras obras tuvieron un enorme impacto, pues contribuyeron a formar conciencia de que la explotación de la mano de obra esclava que emplean las milicias en las minas congolese, con toda la sangre que se derrama cada día, persiste gracias a las multina-

cionales que les compran el oro y los diamantes, así como el coltán que se usa en numerosos aparatos electrónicos. El trabajo de Marcus y otros periodistas han impulsado a algunos gobiernos y compañías a realizar esfuerzos para dejar de financiar el horror en África Central.

El sufrimiento de los niños y de las mujeres también ha sido un tema central para Marcus, pues él cree que con su trabajo puede tener influencia en los planificadores de políticas públicas internacionales. Además, ha fotografiado problemas sociales en otros países de África y del globo, desde Chad hasta Estados Unidos. En años recientes, registró el violento conflicto en República Centroafricana, acompañando al director de emergencias de Human Rights Watch, Peter Bouckaert.

Pese a todo el dolor que transmiten sus imágenes, sin embargo, Bleasdale busca transmitirnos otro mensaje, uno que olvidan quienes ven en los africanos sólo a víctimas perpetuas y sin esperanza: “El Congo tiene un secreto que es difícil de compartir si no lo has obtenido de primera mano”, escribió en el prólogo a su segundo libro. “Mira con cuidado y lo encontrarás en estas páginas: un regocijo de espíritu y amor por la vida que, incluso en los tiempos más duros, deja al mimado occidental conmovido hasta la humildad, más allá de las palabras”.

* (México, 1970) Periodista mexicano egresado de la Universidad Autónoma Metropolitana, realizó estudios de posgrado en Ciencia Política en España y México. Autor de reconocidos libros y premiados reportajes, su trabajo se publica en revistas de varios países como “Esquire”, “Proceso”, “La Nación” y “El Confidencial”, entre otros.



De la serie “Descenso a los infiernos”



De la serie “Descenso a los infiernos”